

ENTREPASADOS, Revista de Historia,  
Año V, N° 10, 1996.

SEMINARIO REGIONAL (3)

Los artículos de Edoardo Grendi y de Jacques Revel completan la traducción del Dossier publicado por Quaderni storici, Nuova Serie 86, N° 2, Agosto 1994 donde se practica un recorrido de las problemáticas historiográficas actuales que se inicia con el trabajo de Carlo Ginzburg sobre "Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella", publicado en el N° 8 de Entrepasados.

\* Departamento de Historia moderna y contemporánea, Universidad de Génova.

## ¿Repensar la microhistoria?

Edoardo Grendi\*

El carácter colectivo de la propuesta historiográfica del microanálisis en Italia ha estado sobre todo ligado a una cuestión de estilo: la historia como práctica, fundada en una fuerte conciencia teórica, rebelada, sobre todo, contra los resultados analíticos, contra la visión retórica de la profesión del historiador en un país dominado, desde mucho tiempo atrás, por ideologismos ligados a la herencia idealista y a un arraigado dualismo político, con una indudable propensión a la historia-síntesis. En ese sentido, la propuesta se inscribía concretamente en los desarrollos en curso en la historiografía europea cuyo resultado, la "histoire en miette"<sup>1</sup>, creaba una fractura decisiva enfrentando la expectativa de síntesis; la cual había sido asumida como el modelo comunicativo paradigmático, en perfecta coherencia con la dimensión retórica de la figura del historiador, formalmente acreditado como intérprete de las dinámicas seculares de la experiencia humana, comprendidas las presentes, excluyendo así tanto a los científicos sociales como a los "maîtres à penser" de otros contextos nacionales<sup>2</sup>. Aquel "estilo" tomaba cuerpo en la propuesta de una escala de investigación ("micro", entonces a grandísima escala) que por sí misma, casi provocativamente, ratificaba la disolución de la historia-síntesis provocando escándalo en la corporación. En consecuencia, hasta y probablemente también des-

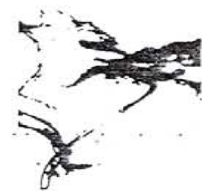
pués de su práctica disolución institucional<sup>3</sup>, los "microhistoriadores" han formado *malgré eux* una suerte de "cotérie": circunstancia en parte paradójica, en cuanto no tenían aquella amplitud de cimiento común (bases teóricas, proyectos, etc.) que les pudiera sugerir una conciencia de escuela, menos que menos encuadrable en aquella etiqueta. En efecto, resulta difícil individualizar los "textos fundantes" del microanálisis histórico, sea en términos de textos teóricos, sea de investigaciones ejemplares. El "discurso microhistórico", que comenzó a circular informalmente en la mitad de los años Setenta, se colocaba conscientemente entonces en un preciso *trend* temático de la historiografía, profundizando el diagnóstico de tendencia con la propuesta, innovadora, de una radical oposición a la escala de observación que se pensaba más que ninguna otra como la variable adecuada para hacer fructificar analógicamente, en el trabajo histórico, la lección de la antropología social; a experimentar, por lo tanto, aquellos procedimientos categoriales que pudieran permitir huir de la lógica entificante del discurso histórico general, por ejemplo: el estado, el mercado, la estratificación social, la familia. La indicación muy general de considerar las relaciones interpersonales como sujeto histórico correcto implicaba precisamente aquella decidida opción de escala.

Probablemente no es demasiado conocido que el *local historian* inglés Hoskins había ya pensado en el término "micro-history", descartándolo en nombre de cierto rigor anti-formulístico; sin embargo, desde su óptica, el referente era la comunidad, encuadrada en la perspectiva topográfico-económica que constituye el elemento distintivo de la *local history* inglesa<sup>4</sup>. El lugar de la centralidad de las relaciones sociales, como una suerte de

"prius" imprescindible, corresponde a lo que Phithyan-Adams define, precisamente en una intervención donde se reflexiona sobre la *English local history*, como el "societal point of view", y por lo tanto como una perspectiva historiográfica posterior a la fase clásica de aquella importante experiencia historiográfica<sup>5</sup>. Naturalmente, el elemento más *trendy* de la propuesta microanalítica correspondía a la instancia, entonces corriente, de una "historia desde abajo" —siguiendo, en el entrecruzamiento de las fuentes la huella del nombre propio— y de la "reconstrucción de la experiencia"<sup>6</sup>. El episodio, la historia de caso, tanto más feliz cuanto más densa era la crónica (judicial al menos) que permitía reconstruirlos, se proyectaba en un contexto de tipo histórico-cultural; y en ese sentido su relevancia era por lo menos doble: como ejemplificación de un particular problema historiográfico (por ejemplo la relación entre culturas alta y baja) y en cuanto ilustración de la cultura del tiempo, más que de un específico grupo social. Es evidente que aludo aquí al trabajo de Carlo Ginzburg (*Il formaggio e i vermi*) publicado en 1976 que estaba madurando su propio itinerario de investigación. Va de ello que el procedimiento analítico a través de las "historias de caso" podía operar de otro modo, abordando retazos de vida y de experiencia con el fin de posibilitar la reconstrucción histórico-institucional de un grupo social específico<sup>7</sup>. Sobre la otra vertiente del microanálisis histórico —para entendernos, aquella vinculada a la contextualización social (distinta de la conceptualización cultural de Ginzburg)— en vez, se tornaban operativos procedimientos analíticos diferentes, referidos a la reconstrucción de las redes de relaciones y a la individualización específica de la elección (individual y colectiva); de ahí la fortuna am-

bigua del término "estrategia" que verdaderamente tiene un significado hiperracionalista, pero que, por otra parte, es garante de un protagonismo que la tradición historiográfica solamente atribuía a las *élites*. En todo caso se trataba de una inferencia lógica basada en el reconocimiento de la primacía otorgada a las relaciones interpersonales. Y es en esta vertiente que la experimentación con los procedimientos analíticos de la antropología social podían realizarse con más rigor. Además, la opción más precisa de un "milieu" social específico localizaba fuertemente la investigación microhistórica, exponiéndola a la característica crítica proveniente del punto de vista de la historia-síntesis, respecto de la representatividad del caso estudiado. Rápidamente quedó claro que las propuestas microhistóricas eran por los menos dos, se distinguía (pero sobre el eje de una distinción huidiza e imprecisa) entre lo "social" y lo "cultural". No es casual que, en la introducción al número de "Quaderni storici", dedicado a *Famiglia e comunità*, se lea esta observación reveladora: "la sociabilidad de la que participa Menocchio (el molinero de *Il formaggio e i vermi*), los otros diez amigos y cómplices que él cita en sus declaraciones, remiten a una red social que se necesita conocer para juzgar una experiencia individual", y, más en general, se hacen objeciones a la elección de casos excepcionales que reduce, dejando de lado al "individuo cotidiano", el "ámbito de comprensión" del historiador<sup>8</sup>.

Vale la pena observar que la contraposición formulada más arriba en forma elemental entre lo "social" y lo "cultural" ha tenido futuro si se toma en cuenta la significativa influencia que la antropología cultural, como antropología simbólica e interpretativa, ha terminado por ejercer en buena parte de la historiografía. También re-



sulta oportuno reconocer que el proyecto, madurado más bien sobre la experiencia de la antropología social, ha tenido desarrollos bastante diversificados. En efecto, ¿qué sucedió, en términos analíticos, con la vieja intuición del sustantivismo económico de Karl Polanyi, que representaba una referencia importante del proyecto microanalítico? Se puede citar el trabajo de Levi sobre el mercado de la tierra, que se proponía explícitamente un objetivo: intentar una comprobación de la imbricación social en el intercambio económico, pero que, verdaderamente, alcanzó otro<sup>9</sup>. De modo que los temas del lugar del mercado, de los diferentes circuitos de intercambio, de la "moneda de uso especial", etc., no tuvieron desarrollos histórico-analíticos. En realidad se produjo cierta retirada de la historia económica, aunque es cierto que esas temáticas le eran externas, si se excluye la orientación más institucionalista de aquella historiografía<sup>10</sup>.

Es probable que el giro —de la producción/cambio al lenguaje/representación— pueda señalarse como un elemento clave en la experiencia historiográfica de la última década. Y en este sentido es significativo que haya fructificado la inspiración microanalítica

tica en la vertiente histórico-política. Aquí el estímulo venía de la confrontación continua con la historiografía italiana y del persistente debate sobre la formación del estado. Por otra parte los referentes de la lección antropológica (clientes, mediadores, etc.) eran de cualquier modo más libres, menos demandantes de un riguroso procedimiento demostrativo, en tanto la inspiración microhistórica se traducía naturalmente en la asunción de la perspectiva colocada "desde la comunidad". Los "microhistoriadores" más jóvenes podían recuperar a pleno el sentido cargado (y precisamente *trendy*) de los fenómenos de comunicación a través de la reconstrucción de los "idiomas políticos", vistos como interacción entre culturas locales e instancias de legitimación<sup>11</sup>. La particular densificación de las fuentes, provocada por la microconflictividad local, y por la consecuente intervención central (que, por cierto, estimuló la producción de documentos), permite reconstruir los grupos locales y su movilidad, que confrontados, por otra parte, con otros testimonios, trascienden la pura crónica, y pronto asumen sus significados simbólicos precisos. La investigación maduraba, como se ha dicho, bajo el estímulo de un desafío inmediato al asunto etnocéntrico de la progresiva construcción estatal, propuesta por la historia-síntesis. Pero hay un término que recorre el fascículo de "Quaderni storici" —que tomamos como referencia— sobre el que vale la pena insistir: "prácticas sociales". Hay prácticas sociales y políticas puestas en acto por la comunidad que tienen carácter ritual y por eso participan ampliamente de la cultura local, representando por sí mismas una forma de comunicación, formas de un lenguaje general<sup>12</sup>.

Lo que me interesa hacer notar aquí es la difusión creciente del término, su

generalización y, en fin, la eventual coherencia que tiene con la propuesta microanalítica. Probablemente el término "prácticas" nace originariamente en conexión con la historia de la técnica, en su acepción contextualizada de historia del trabajo, que tiende a reconstruir los efectivos procedimientos de uso, es decir las "prácticas". No es un caso donde el término recorra en primer lugar los escritos de los estudiosos que han madurado las capacidades de observación y lenguajes congruentes con este tipo de investigación histórico-social. Está claro que la observación de un surco o de una zona vegetal es fundamentalmente una forma específica del trabajo en el campo, por tanto puntual y circunscripta: su historización es pasible de encuadramientos genéricos de tipo clasificatorio, pero también de encuadramientos puntuales y específicos, es decir microanalíticos. Esto vale para la experiencia campesina pero, también, para la artesanal. De todo modos ambas refieren a un grupo o a una comunidad: la aproximación tiene un claro significado polémico al confrontar, pongamos por caso, ciertos presupuestos de la historia agraria o de la geografía del paisaje, y en este sentido particularmente la reconstrucción topográfica vale para afinar la operación crítica<sup>13</sup>. Se podrá observar que una investigación tal, a menudo conectada con la arqueología (una experiencia de investigación puntual "de sitio") y las relativas prácticas de reconstrucción histórica, puede fácilmente permitir la recuperación, en la contextualización, de la prioridad de las relaciones sociales. La evocación a propósito de los "saberes campesinos" tiene un cierto matiz evasivo, si bien vale, ciertamente, para reivindicar una cultura no asimilable a la ortodoxia económica.

Pero resulta interesante, decía, que el término, tan característicamente

"colectivo", de "prácticas sociales" tienda a generalizarse. Del magma de una crónica (policial o judicial), siempre extraordinariamente alusiva, pueden recabarse huellas y esquemas de prácticas colectivas que tienen una extraordinaria relevancia simbólica, de modo tal que pueden constituir el significado histórico-cultural. A propósito el término "costumbre" evoca rápido las más canonizadas prácticas jurídicas (canonizadas en cuanto objeto de relevamiento y transcripción), pero sugiere también las temáticas de culto del ceremonial tan estrechamente conectadas con la expresividad política, y no sólo con ella. Es evidente que, de este modo, se nos coloca en una perspectiva —distinta al "individualismo metodológico"— que parte de relaciones interpersonales (redes, grupos, mediaciones, etc.). Pero de todos modos estamos en un terreno exquisitamente "antropológico": la reconstrucción de la cultura a través de la exploración de las prácticas sociales. Así es posible recuperar por ejemplo las formas que traducen la competencia territorial (confines); las variadas formas de la posesión; las formas que expresan tanto la "pertenencia" como la microconflictividad territorial y así siguiendo. Es interesante poner de relevancia como todas estas formas de acción expresivas, que postulan esquemas de valores compartidos socialmente (de donde se da la oportunidad de no reducir lo "cultural" a lo "mental"), están estrechamente ligadas al espacio, al lugar, al territorio esto es a referentes a menudo descuidados por la tradición historiográfica. No me parece dudoso que este tipo de análisis histórico esté estrechamente conectado con una percepción de la alteridad de la experiencia pasada, del pasado como "un país extranjero", lo que constituye una buena garantía de la corrección exegetica.

Me parece útil destacar una diferencia de perspectivas: la reconstrucción de las prácticas de trabajo, a menudo conducidas a partir de un objeto, parece una operación analítica característicamente realista, sin que su lectura simbólica, que está sin embargo de moda, agregue mucho; la reconstrucción de las otras prácticas sociales, a menudo llevadas a cabo a partir de testimonios, implica en vez una lectura simbólico-concreta necesaria para la misma interpretación realista. Observo que éste puede ser un sentido del oximoron excepcional/normal; donde el testimonio/documento es excepcional en cuanto refleja una normalidad, tan normal que, muy a menudo, resulta invisible<sup>14</sup>. Pero se da el caso, y es frecuente, de prácticas hiperatenuadas. El proceso no es diferente al de la recuperación histórico-analítica del folklore, liberado de su pátina de exótica curiosidad para ser restituído a su contexto relacional y social. Si esta operación implica una aproximación historiográfica "desde abajo" (pensemos en E. P. Thompson y el tema de la *wife sale*)<sup>15</sup>, no se puede negar que el relevamiento de las prácticas sociales pueda presentarse como un resultado especial del análisis microanalítico, y de la opción de escala: también se puede fácilmente acordar que la concentración sobre un tema y sobre los testimonios literarios de un grupo social específico, puede proporcionar los mismos resultados. C. Walker-Bynum, por ejemplo, no extrae pepitas documentales de su investigación, sino que reinterroga, con singular agudeza, fuentes bien conocidas<sup>16</sup>. Todo lo que vengo diciendo quizás pueda aclarar mi opinión de fondo: el microanálisis ha representado una suerte de "vía italiana" hacia la historia social más avanzada (teóricamente guiada), en una situación relativamente bloqueada en términos de ortodoxia jerárquica



ca respecto de lo históricamente relevante y de clausura en las ciencias sociales.

La intervención de Carlo Ginzburg en estas páginas es totalmente congruente con la interpretación que yo doy de su "vocación microhistórica": simplemente una indicación de trabajo, un término-etiqueta, de todas maneras sin gran relevancia, que ha encontrado por ahí y que le gustó, que le pareció intuitivamente pertinente a su orientación de investigación. La intervención, mucho más idiosincrática, de Giovanni Levi que habla expresamente de su propia "biografía científica"<sup>17</sup>, me parece otro tanto significativa de su vocación de historiador-experimentador, no vinculado a la "larga duración" de un tema de investigación. Lo mismo Carlo Poni, cuyos intereses históricos eran y son por cierto congruentes con cuanto he expuesto (en términos de "prácticas sociales" por ejemplo), ha pretendido extender analógicamente la etiqueta a temas característicos de la historia económica, obviamente por completo independientes, como la historia de las haciendas señoriales rurales y la protoindustria<sup>18</sup>. Una confirmación ulterior, me parece, de la heterogeneidad y de la informalidad absoluta de los "microhistoriadores". ¿Podemos destacar

una influencia más general en la microhistoria, por ejemplo en las páginas de "Quaderni storici", sobre todo en el "período áureo", comprendido, digamos, entre 1976 y 1983? ¿Podemos decir que valió para reinterpretar los "sistemas de caridad" del antiguo régimen en sentido político, es decir como relación benefactores-beneficiarios en una doble dirección: "casos que valen como ejemplificación de una praxis interpersonal de caridad que constituye el soporte indispensable y diría la realidad misma de la caridad institucional"<sup>19</sup>. ¿Es válida para romper la noción ambigua de religión popular en una serie de casos y situaciones ilustrativas ("religiones populares") que hacen emerger "la fisonomía por lo menos variada de las relaciones que en las sociedades de la Europa preindustrial involucraban, en el terreno religioso, clases hegemónicas y clases subalternas", demostrando "la gama riquísima de posibilidades" conectadas con las traducciones efectivas de aquella relación?<sup>20</sup> ¿Ha inspirado la propuesta, a cargo de un grupo de mujeres historiadoras, que colocaron por su propia voluntad a *latere* de la revista, en términos de "momentos históricos de la biografía femenina": una serie de historias de casos tematizadas sobre la seducción-iniciación, la gravidez y el parto, el puerperio y la lactancia, y por lo tanto acerca de los momentos de más relevantes tensión, política y simbólica, del control sexual y de la "peligrosidad femenina"<sup>21</sup>. Y así siguiendo. Sería en realidad una inútil y pedante operación de verificación y de control: realmente porque creo que no tiene sentido postular una inspiración unívoca, tanto más cuando, como se ha dicho, faltaban paradigmas precisos e incluso investigaciones-modelo.

Vale la pena insistir en vez sobre el dualismo de la propuesta microanalítica:

por una parte una indicación fuerte, en el sentido del condicionamiento histórico-teórico de los itinerarios de investigación, sugeridos por analogía con los esquemas analítico-operativos de la antropología social y por consiguiente, en cierto modo, de la instancia de procedimientos demostrativos; por otra parte una consonancia más plana y menos ligada a lo "específico microanalítico", con aproximaciones y técnicas de trabajo maduradas independientemente, atendiendo a los "episodios ilustrativos", las "historias de casos", cuya indudable relevancia analítica permanecería ligada a otras matrices, a otros paradigmas historiográficos. Esto, naturalmente, no excluyó, por cierto, una dialéctica de intercambios, de préstamos recíprocos<sup>22</sup>. Además se vio cómo la dialéctica originaria contextualización social/ contextualización cultural, relativamente abstracta, siguió una parcial, creciente superación. Y aquel dualismo se reprodujo, y posteriormente se amplió (diremos que por suerte) en la segunda iniciativa ligada a la propuesta microhistórica: las "Microstorie" einaudianas. Esa bella colección que cuenta hasta hoy con 22 títulos<sup>23</sup> representa un caso raro, quizás único, en las editoriales italianas: una operación dirigida integralmente por tres estudiosos en un plano científico, proponiendo casi siempre itinerarios originales de investigación. Se trata de investigaciones generalmente medio-breves, centradas en un tema circunscripto: la biografía de una monja o de un joven pintor; la transformación industrial o las dinámicas socio-políticas de un valle; un caso criminal; la carrera de un exorcista; una fiesta política carnavalesca y así siguiendo. Lo que contaba era la invitación implícita a una percepción más libre, episódico-ilustrativa de la historia, susceptible de un re-



clamo hacia un público más amplio, fuera del círculo de los especialistas, y fuera sobre todo de las viejas temáticas y de las tradicionales jerarquías de relevancia. Realmente una idea de la historia verdaderamente nueva para Italia y que fue corroborada por el reconocimiento general por parte de los historiadores italianos: la opción microanalítica era una operación comprometida y no representaba por cierto un atajo extemporáneo de espaldas a la reconstrucción de la "experiencia".

Esta orientación participaba, como he dicho, de una coyuntura historiográfica europea. Demasiado a menudo era habitual diagnosticar retardos en la historiografía italiana en éste o aquel sector de los estudios históricos que había registrado en otras partes un fuerte precipitado de innovación. La *lamentatio* podía terminar; las opciones e itinerarios de investigación se definían libremente por aquí según elecciones analíticas pertinentes. Y, en este franqueamiento de la disciplina con las ritualidades académicas e ideológicas es que puede individualizarse lo específico del significado italiano de la microhistoria. Y, obviamente, no habría tenido sentido el vínculo basado en la homogeneidad de recorridos de investigación: la eti-

queta asumía su rol catalizador, en virtud de la invitación a las temáticas circunscriptas y episódicas contenidas en la propuesta de una particular escala de observación. Puede parecer un diagnóstico un poco reduccionista, pero corresponde exactamente al sentido "minimalista" que he atribuido desde el inicio a una escuela que no ha sido una escuela, que no ha producido ningún manifiesto, que no ha diseñado un proyecto de investigación. Pero, por cierto, no todo puede reducirse al macizo *déplacément* de los objetos históricos: por lo menos igualmente importantes son los procedimientos analíticos. Edward Muir ofrece en su ensayo una suerte de celebración de Carlo Ginzburg como historiador y teórico del trabajo histórico, individualizando también, me parece, una específica "cultural microhistory"<sup>24</sup>. Las elaboraciones teórico-metodológicas de Carlo Ginzburg —tan tensas en su clave de sugestivo alternativismo— siempre me parecieron estrechamente conectadas con su trabajo historiográfico específico, que se mueve por entero en el ámbito del problema histórico de las "formas culturales". Y éste es, sin duda, el signo de una fuerte honestidad exegética: la coherencia consigo mismo y la "autorevelación". No me parece que Ginzburg esté activa y analíticamente interesado en encontrar las mediaciones con lo "social" las "relaciones interpersonales": el discurso permanece en el interior de las formas expresivas, en la compleja relación entre alta y baja cultura, en el análisis y en la reconstrucción de las relaciones y nexos entre aquellas "formas" y sus filiações. Es conocido que uno de los más vistosos *trend* de la historiografía actual es el interés por la expresividad-representación: en el caso extremo la "fuente" deviene "texto" y la realidad histórica es una ilusión<sup>25</sup>. En todo caso no se nos defiende de este relativis-

mo descuidando las formas expresivas y los asuntos de interpretación histórica que éstas plantean. A mí me parece de todos modos que esa defensa analítica de la realidad histórica se puede organizar mejor integrando el estudio de las formas con el análisis histórico social volviendo a reconstruir los procesos de cuya acción y expresión son **componentes fundamentales**: una imagen no es sólo hija de otra imagen, está también conectada con una situación que expresa y organiza. El historiador puede provechosamente imaginar y experimentar esquemas interpretativos que le permitan tomar inteligibles esos procesos. Tanto más que, para tal fin, lo socorre la tradición de las ciencias sociales: se trata de modificar, adaptar y también inventar procedimientos de análisis, pero no necesariamente de construir un itinerario estrecho y cerrado. Este problema no se instaló en el ámbito de la microhistoria para definir una ortodoxia sino más bien para crear una dialéctica alta. Es muy extraño que el doble espíritu de la microhistoria, claro desde el inicio, no haya dado lugar a un proceso de clarificación o por lo menos de discusión. Como sucede con frecuencia, la renuncia a un "compromiso alto" explica el fin de una experiencia colectiva.

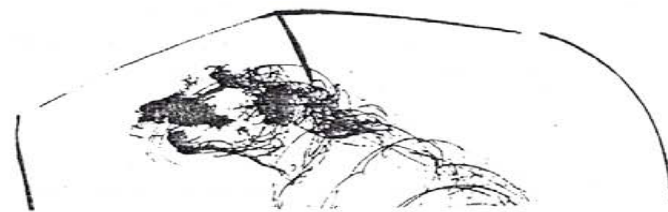
Por suerte, sin embargo, no se trata de "repensar" y de lanzar otra cosa. Hoy "repensar la microhistoria" significa tratar de hacer historia, y es insuficiente para tal fin colocarla únicamente en la situación de la historiografía general, prescindiendo del contexto italiano, de la "historia de los microhistoriadores". Por otra parte me parece indudable que la "práctica microhistórica" ha entrado de pleno derecho en las prácticas historiográficas más vivas y analíticamente más ricas, como práctica fundamentalmente ligada a la opción de escala, en



el asunto fundamental de que esa opción representa la ocasión para un enriquecimiento de los significados de los procesos históricos a través de una renovación fundamental de las categorías interpretativas y de su verificación experimental. En ese sentido es bastante probable que los microhistoriadores italianos tengan muchos hermanos en el mundo que aún no conocen. El pasaje esencial

para la experiencia italiana era el pasaje de la historiografía a la "práctica historiográfica con fuerte conciencia teórica" y, en ese terreno, la confrontación puede continuar: la historia se vuelve una ciencia social que se construye en las dimensiones del tiempo y del espacio ■

Traducción: Leticia Prislei



## Notas

1. Recuerdo las intervenciones de B. Farolfi en "Quaderni Piacentini", que diagnosticaban precozmente, para Italia, este fenómeno.

2. En ese sentido resulta revelador el debate sobre "sentido común historiográfico" en "Quaderni storici", 41 (1979) y siguientes.

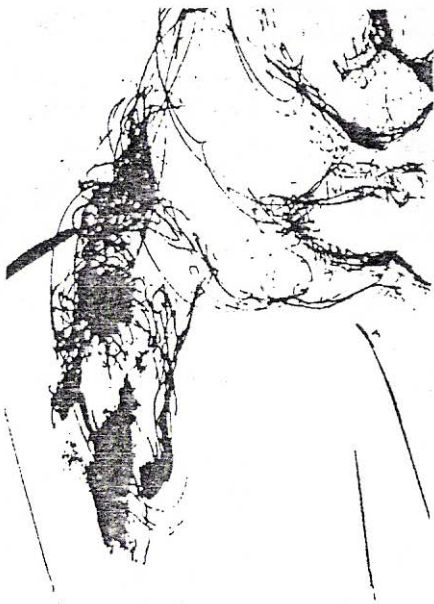
3. Hubo un recambio generacional en la conducción de la revista en los últimos años que fue estimulado también por una crisis de la antigua conducción.

4. W. G. Hoskins, *English Local History: The Past and the Future*, Leicester, 1967.

5. C. Phytian-Adams, *Rethinking English Local History*, Leicester, 1987

6. Cfr. C. Ginzburg, C. Poni, *Il nome e il come: scambio ineguale e mercato storiografico*, en "Quaderni storici", 40 (1979), nuevamente publicado en E. Muir, G. Ruggiero (Comp.), *Microhistory and the Lost People of Europe*, Baltimore, 1991.

7. Cfr. G. Pomata, *Madri illegittime fra Ottocento e Novecento: storie cliniche e storie di vita in*



"Quaderni storici", 44 (1989), incluido en la compilación americana citada en la nota 6.

8. "Quaderni storici", 33 (1976). La introducción está firmada por mí.

9. G. Levi, *L'eredità immateriale. Carriera di un esorcista nel Piemonte del Seicento*, Turín 1985.

10. Me refiero en particular al trabajo de historia de la "anona" de Revel, Macry, etc.

11. "Quaderni storici", 62 (1986), *Conflitti locali e idiomi politici*, de S. Lombardini, O. Raggio y A. Torre.

12. Cfr. mi trabajo *La pratica dei confini: Mioglia contro Sassello, 1715-1745, ibidem*, pp. 811-845.

13. D. Moreno, *Premessa* en "Quaderni storici", 63 (1982), *Boschi: storia e archeologia*. Véase también C. Poni, *Fossi e cavedagne benedicon le campagne*, Bologna 1982, en particular el cap. 1.

14. Aquel oximoron propuesto por mí en *Micro-analisi e storia sociale*, en "Quaderni storici", 35 (1977), fue realmente sobrevalorado.

15. E. P. Thompson, *Customs in Common*, Londres, 1991.

16. C. Walker- Bynum, *Holy Feast and Holy Fast: The Religious Significance of Food to Medieval Women*, Berkeley 1987.

17. G. Levi, *On Microhistory*, en P. Burke (Comp.), *New Perspectives on Historical Writing*, Oxford 1991.

18. C. Poni, *Premessa* en "Quaderni storici", 39 (1990), *Aziende agrarie e microstoria*.

19. "Quaderni storici", 53 (1983).

20. "Quaderni storici", 41 (1979).

21. "Quaderni storici", 44 (1980). Diversos artículos se incluyeron en el volumen a cargo de E. Muir, G. Ruggiero, *Sex and Gender in Historical Perspective*, Baltimore, 1990.

22. Por ejemplo Giovanni Levi, con su concepto de "biografía modal", ha mostrado la lógica de un uso de un tema ligado a la ilustración y a la historia de caso en el discurso demostrativo (cfr. *L'eredità immateriale* cit.).

23. La colección perdió plena autonomía, absorbida por la colección "Paperbacks" Einaudi y luego se suprimió.

24. La selección antológica de Muir y Ruggiero citada en la nota 6 remite sobre todo a los textos de Ginzburg. Es francamente cómico que, sobre una base altamente indiciaria, como es que los autores italianos más conocidos